

## Homilías Domingo 3º de Adviento Ciclo A

### + Lectura del santo Evangelio según san Mateo

*En aquel tiempo, Juan, que había oído en la cárcel las obras de Cristo, le mandó a preguntar por medio de dos de sus discípulos: - ¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?*

*Jesús les respondió: - Id a anunciar a Juan lo que estáis viendo y oyendo: los ciegos ven y los inválidos andan; los leprosos quedan limpios y los sordos oyen; los muertos resucitan, y a los pobres se les anuncia la Buena Noticia. ¡Y dichoso el que no se siente defraudado por mí!*

*Al irse ellos, Jesús se puso a hablar a la gente sobre Juan: - ¿Qué salisteis a contemplar en el desierto, una caña sacudida por el viento? ¿O qué fuisteis a ver, un hombre vestido con lujo? Los que visten con lujo habitan en los palacios. Entonces, ¿a qué salisteis, a ver a un profeta?*

*Sí, os digo, y más que profeta; él es de quien está escrito:*

*“Yo envío mi mensajero delante de ti para que prepare el camino ante ti”.*

*Os aseguro que no ha nacido de mujer uno más grande que Juan el Bautista, aunque el más pequeño en el Reino de los cielos es más grande que él.*

### Palabra del Señor

## Homilía:

(A)

Ser cristiano no consiste en hablar. Al hombre no se le mide por lo que habla, sino por lo que hace. Hay quienes hablan mucho y

no hacen nada. Hay quienes hacen mucho y hablan poco. Vale más un corazón sin palabras que palabras sin corazón. Hablar es fácil, prometer es fácil. Al naranjo, sin hablar, se le conoce por su madera, sus hojas, sus flores y sus frutos. Al buen carpintero lo conozco no por lo que dice, sino por sus obras. Igualmente a la buena modista. Ser cristiano no es saber mucho de la Biblia, saber mucho de Dios, etc. Hay analfabetos que son unos verdaderos santos y hay sabios que son unos verdaderos canallas. Cuentan que un hombre, ya mayor, casado, se convirtió y se bautizó. Por lo visto, todavía no estaba bautizado. Un compañero de trabajo, también sin bautizar, un día le preguntó, en tono de burla: «Si te hiciste cristiano, dime quién es Cristo, dónde nació, dónde vivió, dónde murió». El pobre convertido era analfabeto y no podía responder a tantas preguntas, pero le contestó: «Mira, yo no tengo cabeza para aprender tantas cosas como tú me preguntas. Pero te puedo decir que, antes de bautizarme, yo era un borracho, maltrataba a mi mujer, los hijos me tenían mucho miedo; cuando llegaba a casa borracho, los hijos se echaban a llorar y se escondían. Desde que me convertí, no me he vuelto a emborrachar, no he vuelto a maltratar ni a insultar a mi mujer, y los hijos ya no me tienen miedo, sino que me quieren mucho». Hermanas y hermanos: al cristiano se le conoce por su conducta, por su comportamiento.

Juan el Bautista estaba en la cárcel porque, cuando mandan los bandidos, los buenos tienen que ir a la cárcel. Desde allí envió a dos discípulos a Jesús para preguntarle si era él el Mesías, es decir, el Salvador que iba a venir al mundo y del que hablaban las páginas de la Biblia. Fue entonces cuando Jesús no les presentó palabras, les presentó obras: daba vista a los ciegos, daba oído a los sordos, hacía caminar a los tullidos, resucitaba a los muertos y todas sus preferencias eran por los pobres. ¡Y cuánto nos cuesta a nosotros darles preferencia a los pobres!

Cristo tuvo, sobre todo, obras en favor de los demás. Pasó por el mundo haciendo el bien.

Ser cristiano no es prometer, ni es protestar, ni es reclamar, aunque tenemos que protestar contra las injusticias y tenemos que reclamar lo que nos pertenece. Ser cristiano es, sobre todo, remediar; es tender una mano hacia aquel que nos necesita.

Cuentan que un hombre vio en la calle a una niña aterida de frío y hambrienta. Este hombre se enfadó con Dios, diciéndole: «¿Por qué permites estas cosas? ¿Por qué no haces nada para remediarlo?».

Durante un rato, Dios guardó silencio. Pero aquella noche aquel hombre oyó una voz que le decía: «Ciertamente he hecho algo. Te he hecho a ti para que socorrieras a la niña» .

Hermanas y hermanos: lo cristiano no es quejarse, sino remediar.

Decía Jesús: «Si no creéis mis palabras, creed a mis obras».

Es que son las obras las que indican si somos cristianos de verdad.

## (B)

El tiempo corre. Ya están cerca las fiestas navideñas. Respiramos “final”, “despedidas”, “reuniones”... que anticipan todo. La Navidad es tan familiar que no hay sitio ni tiempo para los que vivimos y trabajamos juntos todos los días. Tenemos que adelantar las celebraciones y casi ni días hay para “llegar a todos”.

Al reflexionar sobre el evangelio de hoy me ha venido a la mente esta expresión: *todo al revés*. Te adentras en Dios y descubres que Dios te da la vuelta a todo. Dios pone a los últimos en primera fila; a los que no valen para “modelos” los elige para realizar en ellos obras grandes. Dios se fija en todos los que los criterios del mundo desprecia.

Me encanta ver dudar y hacerse preguntas al profeta más grande. Juan Bautista. Me da mucha tranquilidad saber que él

se planteó la pregunta *¿Será o no será el Mesías?* Me han asustado más de una vez esas personas que lo tienen todo muy claro, esas personas que hablan muy bien de Dios y dicen cosas preciosas, pero después, cuando te detienes a ver su vida, te empiezas a preguntar: dicen una cosa, pero su vida no está todavía al revés, siguen buscando los puestos, siguen pidiendo que se les llame de manera diferente, siguen bien pegados a los que son ricos y tienen algo que dar, siguen mandando a distancia, siguen los mismos criterios que el mundo (aunque de forma un poco disimulada), siguen... sin que lo de Jesús les haya puesto *al revés*.

Y de este profeta que duda, de este profeta que está encarcelado por decir la verdad, de este profeta que ha honrado su alma en el silencio del desierto, de este profeta que ha dicho que él no es nada, ni digno de desatar las sandalias del Mesías, de este profeta buscador insaciable de la verdad, no de los primeros puestos, de este profeta que se llama Juan, el Mesías hace un gran elogio: *es más que profeta*. Y lo dice en el momento de duda del profeta, o mejor, en el momento de búsqueda de la verdad. Dudar y buscar es lo que hace grande a este pregonero del desierto. ¿Cómo se va a buscar si no se duda? ¿Cómo se va avanzar si ya crees haber llegado? Los grandes del mundo le han quitado todo y le quitarán la vida. Pero no le arrebatarán ni su palabra ni su mirada para descubrir a los ciegos que ven y a los que eran cojos recorriendo caminos impensados.

Todo lo de Dios es siempre *al revés*. Es mucho el cambio que se nos pide para ponernos en la buena dirección. El cimiento de nuestra vida no pueden ser los que los grandes de la tierra buscan. Ésa no es una buena base.

Me quedo en silencio ante la contestación que Jesús da a los discípulos de Juan: *decid a Juan lo que oís y lo que veis: los cojos andan, los ciegos ven...* ¿Dónde están los que ven y los que andan? ¿Dónde están los que tienen ganas de Dios y le buscan y tienen sed y hambre de Él? ¿Dónde están los pobres recibiendo la Buena Noticia? ¿Dónde? Confieso que me lleno de un cierto pesimismo y que mis ojos no son los ojos del

profeta y, menos aún, los del Mesías... Mis ojos ven más lo que se ve. Mis ojos ven hoy mucho desinterés por Dios y por lo de Dios...

Estaba pensando todo esto y de pronto me viene a la imaginación el último cursillo de catequistas... Después de hablar con una catequista anciana, no pude por menos de expresar: *Dios está aquí. Dios está con ella.* En esta anciana Dios se palpa, Dios humilla mi sabiduría. No pasó por la universidad ni fue al extranjero a formarse. No salió prácticamente de su pueblo. Tuvo un sacerdote santo que le dio ilusión y fortaleció sus piernas vacilantes.

Todo lo de Dios es *al revés.*

Y tú, ¿qué dices de todo esto?

Te dejo para que te digas algo. O para que mires dónde hay cojos que andan y ciegos que ven. Haberlos, los hay.

Ponte *al revés.*

### (C)

Muchos hombres y mujeres viven con la oscura convicción de que Dios es una presencia opresiva y dañosa para el hombre. Pensar en él, les crea malestar. Están convencidos de que Dios no deja ser ni disfrutar. Y, naturalmente, han terminado por prescindir de él.

Son personas que, tal vez, durante años han acudido a misa domingo tras domingo, pero nunca “han celebrado la eucaristía” ni la vida. No han dado gracias a Dios por la existencia ni se han sentido alimentados interiormente.

Son hombres y mujeres que, quizás, se han confesado de sus pecados durante años, pero no han experimentado el gozo, la fuerza renovadora y la liberación que nace en la persona cuando se sabe perdonada en las mismas raíces de su ser. Les parecía un castigo horroroso acercarse a recibir el don que más debería apreciar el hombre.

La moral cristiana siempre les ha parecido una carga insoportable y un fastidio. La mejor manera de hacer la vida

de las personas más dura, pesada y molesta de lo que ya es en realidad. Una imposición más o menos represiva. Nunca una liberación y crecimiento personal.

Su relación con Dios ha estado impregnada de un temor oscuro e inevitable. ¿Cómo acercarse gozosamente a Alguien que nos presiona con castigos infinitos e inexplicables?

Estas personas necesitan escuchar hoy una noticia importante. La mejor noticia que puedan escuchar si saben realmente entender lo que significa. Ese Dios al que tanto temen, NO EXISTE.

Sería monstruoso pensar en un Dios que se acerca a los hombres precisamente para agravar nuestra situación e impedir nuestra felicidad.

Dios no es carga, sino mano tendida. No es represión, sino expansión de nuestra verdadera libertad. Dios es ayuda, alivio, fuerza interior, luz.

Y todo lo que impida ver la religión como gracia, apoyo al hombre, alegría de vivir, alivio ante la dura tarea de la existencia, constituye sencillamente una deformación, una grave perversión o un inmenso malentendido, aunque lo hagamos con la mejor intención.

Cuando Jesús, encarnación del mismo Dios, se presenta al Bautista, viene a anunciarse como alguien que ayuda a ver, que ofrece apoyo para caminar, que limpia nuestra existencia, nos hace oír un mensaje nuevo, pone una buena noticia en nuestras vidas. “Dichoso el que no se siente defraudado por mí”.

Dentro y fuera de la Iglesia, para practicantes y alejados, para creyentes y para quienes dudan, Dios siempre es el mismo: perdón sin límite, comprensión en la debilidad, consuelo en la mediocridad, esperanza en la oscuridad, amistad en la soledad.

### (D)

El Evangelio de este tercer domingo de Adviento puede resultarnos un tanto extraño y como fuera de contexto. Y sin embargo, yo lo vería como algo previo a la entrada de Jesús

en nuestra historia. Porque en realidad aquí nos topamos con dos realidades:

### La última tentación de Juan

No es fácil saber qué idea pudo tener Juan sobre Jesús.

Su predicación era anuncio del que ya estaba viniendo. Posiblemente él seguía con su mentalidad del Antiguo Testamento, pero en el fondo, sentía que la primavera estaba a punto de estallar. Se vio a sí mismo:

como el que va por delante preparando caminos,  
como el que no es pro anuncia al que es,  
como el que sabe que las cosas tienen que cambiar..

Sabe que su vida solo tiene sentido desde el que ya está pero a quien nadie conoce todavía. Y su vida entera fue una entrega a la causa del que está viniendo.

Pero ahora Juan está en la oscuridad de la cárcel.

¿Y dónde está El?

¿Qué está haciendo Jesús por él?

¿Dejarle que se pudra en la penumbra de un calabozo?

Sus discípulos le traen noticias de los comportamientos de Jesús. Pero Jesús no se deja ver por allí. Y las noticias que le cuentan no parecen coincidir del todo con la novedad que él esperaba. Y comienzan las dudas.

¿Habré estado yo equivocado?

¿Será realmente Jesús el Mesías que él anunciaba?

¿Será realmente Jesús el verdadero Mesías?

Yo lo he dado todo por él, pero él ni se acerca ni mueve un dedo por mí.

Es la última tentación de Juan. Es la tentación de todo creyente cuando siente que Dios no responde a la idea que nosotros nos habíamos hecho de él. O cuando Dios pareciera desentenderse de nosotros y nos deja solos y abandonados en la humedad y la oscuridad de la cárcel de nuestros problemas. O cuando no lo vemos y sentimos que tampoco nos escucha, ni nos hace caso.

### *El carné de identidad*

Es entonces que Juan envía a sus discípulos a reclamarle a Jesús su identidad. “¿Eres realmente tú el que ha de venir o tenemos que seguir esperando a otro?” “¿Eres tú el que yo anuncié como el Mesías prometido o realmente me equivoqué de persona y tendremos que seguir esperando?”

Juan estaba seguro de lo que proclamaba y anunciaba.

Juan estaba seguro de la mesianidad de Jesús.

Pero ahora que le cuentan lo que hace, comienza a entrar en dudas.

Y Jesús más que darles respuestas claras del sí o del no, sencillamente les presenta su carné de identidad. “Id a anunciar a Juan lo que estáis viendo: los ciegos ven, los inválidos andan; los leprosos quedan limpios, y los sordos oyen; los muertos resucitan, y a los pobres se les anuncia la buena noticia. ¡Y dichoso el que no se escandalice de mí!”

El carné de identidad de Jesús no son sus palabras, sino las actitudes y los hechos de vida. Su carné de identidad son los ciegos, los cojos, los leprosos, los sordos, los muertos y los pobres. Es el mismo carné que firmó Isaías en el capítulo 35,1-6.

Cuando uno viaja a otro país, tiene que pasar necesariamente primero por la Policía. Allí tiene que presentar su Pasaporte o su Carné de identidad. Solo entonces le permiten pasar. De lo contrario ni puede pasar ni entrar, ni siquiera a recoger sus maletas. Tiene que identificarse.

A Jesús, Juan le pide que se identifique. Y Jesús enseña su Carné de identidad: “se anuncia el Evangelio a los pobres”. Esa es su verdadera seña de identificación.

A Dios le pedimos que se identifique. Que nos muestre su



Carné o Pasaporte de identificación. Para muchos resultan documentos poco válidos. Exigen documentos que respondan mejor a nuestras exigencias. “Anunciar el Evangelio a los pobres”, no es hoy un Pasaporte con demasiados éxitos de circulación por la vida.

También al cristiano y a la Iglesia se le pide hoy su “Carné de identidad”.

¿Podremos decir que nuestra predicación hoy es “buena noticia”, es “Evangelio para los pobres”, para los que sufren, para los marginados, para los que no tienen voz, para los que socialmente no son?

Cuando llegó por primera vez a Belén, llegó de noche. La policía ya dormía y nadie le pidió documentación. Sin embargo, los documentos de Jesús estaban claros: un establo, unos animales, unos pastores. Jesús entró a nuestro país que es el mundo, con el “carné de Evangelio de los pobres”.

Nosotros ¿no tendremos caducado nuestro Carné de identidad? ¿No tendremos que renovarlo para que se nos reconozca como seguidores de Jesús?.

**P. Juan Jáuregui Castelo**